

Para el hijo-de-puta, esta vida es “un valle de lágrimas, atravesado por caminos llenos de espinas, un lugar en el que no hay sitio para la despreocupación, solo sitio para ocuparse con toda clase de preocupaciones y para preocuparse con toda clase de ocupaciones, y así con todo”. Recordárnoslo es su vocación, una vocación que lleva al hijo-de-puta a ocupar los trabajos propicios para hacerlo, **lugares desde los que el hijo-de-puta desarrolla su función**, recordar siempre que “la vida es sacrificio y preocupación”.

Pimenta distingue dos principales, aquellos con vocación de hacer, y aquellos con vocación de no dejar hacer. **Dos formas de ser hijo-de-puta que de ninguna manera trabajan**

Palabra de hijo-de-puta

No estamos ante un libro, estamos ante una **caja llena de dinamita**, y aunque la firma que lo sella dice **Alberto Pimenta**, este tipo de obras, que tienen semejante intensidad y grandeza, nos hacen pensar que no son de nadie: parecen el regalo de esa lucidez que a veces decide visitarnos tomando como mensajero a un solo hombre.

de forma aislada, ya que ambas se complementan.

El hijo-de-puta entiende que su tarea es defender un orden que define como “racional” y “humanizador”, y que la mejor forma de hacerlo es ocuparse de que en todas las etapas de nuestra

vida haya alguien que nos recuerde que **en este valle de lágrimas no podemos vivir despreocupados**. Un ejercicio de doma, en el que debilitar es la tarea primera y constante.

La defensa que el hijo-de-puta hace de lo establecido, su guerra

contra el cambio, revelan que, en el fondo, el hijo-de-puta está al servicio de la muerte. Aquí desemboca este ensayo, y de manera magistral, Pimenta reproduce el discurso fúnebre que los hijos-de-puta se dedican entre sí, y que leído con atención, es la imagen que tenemos de eso que se conoce como buen ciudadano.

Estamos ante una obra fundamental que nos enseña qué es lo que hacen con nosotros, primer paso para ser capaces de empezar a defendernos. Pero hay más, porque si a primera vista parece que ser hijo-de-puta merece la pena, Pimenta se ocupa de mostrarnos que no, porque el hijo-de-puta pasa por la vida siendo un perro del hortelano existencial: **ni vive ni deja vivir**.

Esta obra **nada tiene de juguete**, que no se engañe el lector, es un polvorín de los que llegan para quedarse viviendo en el boca a boca. Y todo lector inteligente que se precie debe celebrarlo.

■ **GMB**



Discurso sobre el hijo-de-puta

Alberto Pimenta

Pepitas de Calabaza

10,45 €